



# Los DOS Robos

*Jesús M.<sup>a</sup> Marañón S. J.*

**S**iempre resulta molesto intervenir en una conversación cuando está a un fuerte grado de acritud. Y la vuestra —ya estoy metido en ella— va ahita de quejas, amenazas y de una abrumadora lista de turbios manejos. No escatimáis nombres, cifras, fechas... «¡Cómo roban!». Nos duele esta consciente voz común de alarma por una grave enfermedad moral que los más pesimistas creen epidemia: la codicia por los bienes terrenos sin el menor recato, aun a costa de dejar en la calle a nuestros hermanos.

## Respetemos nuestra indignación

No olvidamos que hay indignaciones santas. Por eso antes de descargar sobre ésta nuestra la implacable sentencia de estirpación, hemos de separarla bien de toda infecta adherencia. Limpia de todo, del odio, de la envidia, de la vulgar antipatía (¡tantas cosas se nos enredan por «ahí dentro» cuando estamos al rojo!), bien podemos afirmar que nace pujante de un sano hábito natural. Muy estragada tendríamos que tener nuestra conciencia si llegásemos a mantenernos impassibles ante las bochornosas narraciones que sacuden cada día nuestros tímpanos. Lo que me temo es que el tenaz influjo del ambiente, y el no menos tenaz peso de una vida que se nos pone difícil muy temprano, impidan que esa pujanza crezca hasta conseguir la madurez total de nuestro hábito.

## Los rateros y el buen humor

¡Cuántas veces hemos comentado su habilidad, su destreza, su gracejo! Quizá después de haber presenciado el hábil ataque de un impalpable corte en la chaqueta, tendemos a cubrir con un velo de infelicidad el acto inicuo y, quién sabe si una empedernida



vagancia. Sentimos la suficiente confianza de que el ratero tiene muy limitado el radio de acción como para no perder la calma al mirar si lo que se deslizó por sus manos fueron cinco duros o los cien que la víctima llevaba para sostener la casa durante un mes.

En cambio unas décimas de segundo nos sobran para dictaminar apresuradamente acerca del robo enguantado de turno sobre su gravedad y la urgencia de la restitución...

### **Construcciones**

Es la primera grata impresión del que vuelve a la patria después de dos o tres años. Lo he comprobado repetidas veces. «¡Cómo se construye!». Y en esta euforia primera quién no ha derramado unos cuantos litros de amargo jugo susurrando con aire de ciencia confidencial: Ya ve, aquí se robaron unos cuantos millones de pesetas. La mancha sobre la sociedad, el contratista, porque defraudó empleando materiales de inferior calidad a la contratada.

### **Esas ventanillas**

Y en ellas englobamos toda clase de oficinas en que se establece un orden cronológico, según se presente la solicitud, para conseguir..., ¡¡qué se yo!! materias primas, automóviles, maquinaria, tractores, etc. —Imposible; mi turno no llega; y eso que D... (aquí nombre y apellidos) ha conseguido ver satisfechas sus peticiones, exactamente iguales a las mías, a pesar de que presentó la solicitud casi un año después. Pero claro está, amigo mío, ¡bien me conocen los concesionarios! A mí y a mis limitados fondos. ¡Yo no puedo alargarles el veraneo o ponerles un despacho nuevo como D... (aquí otra vez nombre y apellidos)! Mientras tanto el negocio a media máquina, la mitad de los empleados en la calle ¡¡¡tienen que restituir y abonar los daños!!!

### **Fortunas por generación espontánea**

Captan en seguida nuestra atención. El más lego en materias mercantiles muestra en un dos por tres una técnica de contabili-

dad realmente sorprendente: gastos ordinarios y extraordinarios del afortunado, análisis minucioso de las fuentes de ingreso, se aleja la más remota posibilidad de una herencia respetable (¡quedan ya tan pocas fortunas!) y el resultado es clarísimo. La compra de tal finca, tal casa, cual Velázquez hasta ahora desconocido, son productos del latrocinio...

### **Apuntes incompletos**

Dejemos a un lado, por ahora, a los rateros que tan poco nos perturban. Los otros tres apuntes en que he querido recordar nuestra manera de reaccionar frente a estos supuestos abusos, bien pueden considerarse imperfectos. ¡Difícil es enfocar las escenas de nuestra vida! Más aún, si dirigimos nuestro objetivo a esos fraudes económicos que difuminan hábilmente sus contornos. De todos modos creo que hemos logrado nitidez suficiente como para poner al pie unos cuantos comentarios.

Sea el primero de gozo. Alegría a pesar de la desazón que produce escribir sobre la queja despiadada y el robo. Alegría porque comprobamos que nuestro juicio moral es recto y no se equivoca fácilmente al descubrir injusticias. Afinamos la puntería y disparamos certeros cuando condenamos—en «construcciones» y «esas ventanillas»—el despojo de unos derechos nacidos por obligaciones mutuas de tipo contractual.

También cuando levantamos la caza en la recóndita umbría de la propiedad privada—«fortunas por generación espontánea»—tenemos buen cuidado en recalcar ciertos síntomas capaces de convertir las que parecerían infundadas sospechas en cruda realidad. Y esta claridad mental siempre se toma como prueba de salud.

### **Vitalidad total**

Pero templemos los aires de triunfo y demos paso a un sereno ritmo que nos permita ver donde está la vitalidad total de nuestra virtud moral. Porque tiene que crecer en ciertos puntos. Aunque supongamos que la misma exactitud demostrada al condenar

acciones ajenas se conserve vigorosa al poner en marcha nuestra propia vida y relaciones económicas.

Antes hablamos de nuestra benevolencia para con los «cacos». ¿No puede ocultarse tras esas entrañas misericordiosas un sutil indicio de que nuestra virtud es defensiva y salta sólo cuando presiente un próximo ataque? Y como lo que tememos encontrarnos detrás de cada esquina no es precisamente un robo a mano armada...

No necesitamos tener un sentido de observación superdotado para reconocer que pocas veces pensamos, antes de lanzar nuestras afirmaciones, el buen nombre del prójimo, que juega un papel decisivo en la vida.

¿Qué pasaría si nuestra mirada, penetrante hasta ver la integración del hierro o cemento escondidos en la construcción, se equivocase; o la solicitud de nuestro rival se hubiera adelantado a la nuestra en cinco inocentes minutos? A la intemperie exponeremos nuestra pericia mercantil si dictamina con hechos inciertos sobre fortunas desconocidas.

Serio robo el nuestro; a nuestros pies puede quedar un espléndido nombre de bien obrar. Aprendamos la lección antes que nos cante una voz dentro del alma «tienen que restituir: se arruinó la empresa, los empleados en la calle...»

### «Los santos bajan al infierno»

Al leer la novela de Cesbrón me encontré con aquella triple afirmación iluminadora sobre el valor de la fama en el hacer de los hombres. Al obrero le falta algo más que capital; carece en absoluto de *consideración, relaciones sociales y cultura*.

Me fijo ahora exclusivamente en la consideración, la estima que de él puedan tener sus semejantes. A ella contribuirá en parte la cultura; con ella fundamentará alentadoras relaciones sociales. El buen nombre abre créditos. Un mismo obrero de quien se conocen su capacidad de trabajo y honradez, dista mucho de aquellos desconocidos pobladores de las listas de obreros parados. Éstos cuando al fin lleguen a incorporarse a una empresa lo harán en el frío concepto de

«mano de obra» ¿Qué importarán su nombre y apellidos al rellenar la nómina?

En todos los estamentos sociales nos encontramos gentes que combaten por elevar la cotización de su nombre. Sírvanos como ejemplo tanto estudiante que llega a nuestras aulas de pueblos o capitales de provincia no universitaria, con sus derechos de matrícula pagados y un curso por delante para abrirse camino. Les cuesta horas y sacrificios hacerse su nombre de universitario destacado y profesional después. También piñas de hombres bien unidos que emprenden una pequeña sociedad, miden hasta el milímetro la actuación que ha de darle la confianza social y el éxito.

### Plenitud de derechos

Los tenemos sobre la fama como sobre cualquier otro bien al que abrazamos calurosamente con el posesivo de primera persona «mío», «nuestro». Cuando se trata de esa «nuestra» bien ganada fama, sobran reflexiones. La queremos ver bruñida y reluciente como la placa de un buen médico a la puerta del piso. ¡Qué pena que esta vertiginosa vida nos haga olvidar que en muchas de las casas que recorreremos, bien podría lucir el prestigio del prójimo con otros tantos letreros resplandecientes! Al menos tan resplandecientes como el nuestro.

### Sano escepticismo

Porque el que abunda es tristón, insano, negativo. Cuando al fin nos ponemos a pensar sobre las cosas y la vida, para que no se nos tache de superficiales, ahuecamos muy serios la voz y, pausadamente, demolemos palmo a palmo doctrinas, instituciones nuevas, viejas, o las entradas ya en prometedora madurez. Finos análisis los nuestros para no aceptar imposición alguna que no haya sido diseccionada antes por nuestro privilegiado entendimiento.

Así, ayunos de un sano escepticismo, intoxicados por este otro torpe, poco constructivo, nos viene de un tercero, de un cuarto o sabe Dios de qué mil trigésimo, zumbándonos al oído, una truhanería mone-



taria. Y... ¡se acabaron los fríos análisis! Cuando todo puede ser una vulgarísima calumnia, o, sencillamente, la primera flaqueza de un hombre intachable que viró en redondo con una sincera penitencia. Muy difícil es que esa primera caída ponga de tal manera en contingencia el bienestar, social o propio, como para permitirnos zarandear impúneamente, en legítima defensa, el prestigio del infeliz.

Resultaría ilógico que nuestra nobleza, procurada vivir, como intentamos, íntegramente, tuviera esas fallas subrepticias, dejando campo libre a los espadachines de la lengua que son los calumniadores, fauna proflera especialmente en tiempos de desniveles económicos,

### La restitución piedra de toque

Quiera Dios que contra la obligación de restituir no se estrelle tanto despojador de bienes, sean estos tersos billetes como aseguran por ahí (y muchas veces con razón), o una bien ganada fama, como pocas veces se dice (y con meridiana sin razón). Por muchas zalemas aparatosas que hagamos, si no soltamos lo que debiera quemarnos algo más hondo que el bolsillo, o ponemos en el sitio que le corresponde el nombre de nuestro hermano, aunque para ello tenga el nuestro que bajar unos cuantos peldaños en el escalafón social con pirueta más noble que la que nos encumbró, entrarán en peligrosa contingencia nuestra hombría y nuestra alma. Y Cristo Justo Juez de nuestros actos, se apartará irremisiblemente de nosotros.

### Aires viciados

Los que respiramos son aires que no entran limpios por los pulmones del alma. Y si ésta no goza de una salud fuera de lo común, el medio ambiente resulta enormemente dañoso. Así la vida de la sociedad será pobre, decaída. Esta comunidad nuestra, en la que Dios amorosamente nos puso, hemos de purificarla a fuerza de buenas almas. Moralmente hablando, el individuo lleva tras sí el castigo a su enfermedad. La sociedad lleva a sus espaldas, como un castigo, las manchas que le imponen sus elementos integradores.

Cuando éstos, en el complejo desequilibrio que hemos intentado analizar, viven desenfocadamente sus obligaciones de justicia, este desequilibrio trasciende al cuerpo social. Por eso veo —¡ojalá me equivoque!— que la desconfianza, el negro pesimismo hacia el obrar de nuestros hermanos irá corroyendo nuestras entrañas mientras la justicia de nuestras propias actividades económicas, proclamada con orgullo, no la extendamos al campo de nuestra crítica. Hemos de derrochar generosamente en torno nuestro, una ecuánime y cristiana serenidad para oír, para hablar, para condenar todo aquello que se vende en el mercado como pasos sinuosos, manejos turbios, «negocios afortunados».

Así impediremos que degenera nuestra colectividad, en una patria desunida por el recelo y el pesimismo, que, a más de ser ingrata para los que vivimos en ella, estará avocada a una vida lánguida.

